

CRITICA Y COMENTARIOS

Semana de Pruebas Gaumont

Gaumont ha roto el fuego este año en cuanto a pasar de prueba las películas de que dispone para la temporada próxima se refiere.

Ha sido una verdadera lluvia de estrellas, de argumentos... Un semana de gran trabajo para los críticos cinematográficos, que han ido de un salón a otro, pues la casa Gaumont pasó sus películas distribuidas por los principales.

Y vamos, ahora, a ver qué es todo eso que la prestigiosa marca nos ofreció:

«CUIDADO CON EL TELEFONO»

Comedia, con Carmen Boni. Pero una Carmen Boni más femenina que la conocida hasta ahora; más llena de atractivos; con un arte nuevo, perfecto... sin dejar de ser, desde luego, la Carmen Boni que tantas admiraciones ha sabido granjearse a lo largo de su carrera artística.

El argumento de la farsa, admirablemente llevado, es muy interesante. La técnica, perfecta. La labor de los intérpretes, disciplinada, ofreciendo un conjunto que no siempre se logra conseguir.

«EL VUELO HACIA LA MUERTE»

Película de amor y de guerra. Toda la vida heroica de la aviación de combate, todo el valor inaudito de los caballeros del aire, novios de la muerte, girando alrededor de un hondo drama de pasión.

Sin que falten las escenas tintadas de comicidad, pueden verse en esta película cuadros emocionantes de la guerra aérea; los vuelos entre la niebla, los bombardeos, son llevados al lienzo con una perfecta fidelidad.

Claire de Lorez, George Charlie y Daniel Mendaille, hacen los protagonistas, interpretando a maravilla cada uno de los estados de alma por que atraviesan a lo largo de la farsa.

«LA GRAN BATALLA NAVAL»

En «El vuelo hacia la muerte», la guerra en el aire; en «La gran batalla

naval», la guerra en el mar. Para hacer una película de interés y de emoción, no ha sido precisa la trama de un argumento novelesco o teatral. Con la realidad del mar y las escuadras de las grandes potencias ha habido suficiente.

La flota alemana y la inglesa, en lucha. Sólo al enunciarlo, se prevé la grandiosidad de la escena. Y con ello, toda la maravilla febril, heroica y propicia al sacrificio de la Marina en pie de guerra.

«La gran batalla naval» es una bella película y, además, una película de alto valor instructivo.

«EL CORREO DE NAPOLEON»

Esta producción, muy bien lograda, por cierto, nos remonta a la época napoleónica.

Rina de Liguoro, en su doble papel de campesina y de condesa, lleva el peso de la obra, realizando una labor verdaderamente portentosa. Maciste, el gran Maciste, interpreta, también con mucho acierto, un simpático personaje.

«EL JURAMENTO»

En la cinematografía universal, René Navarre, el creador de tantos personajes de emoción y de misterio que se hicieron famosos, representa una tradición; en la cinematografía francesa, una alta calidad, muchas veces constatada.

Y este gran actor reaparece una vez más en el lienzo interpretando el protagonista de «El juramento», farsa folletinesca llena de enigmas, hábilmente provocado, y de situaciones desconcertantes.

Los aficionados a esta clase de películas, que forman legión, están de enhorabuena.



JACK HOLT

JEAN EYRE

Actuó en otros tiempos destacándose mucho su frágil figurita en la producción «El trabajo», donde ejecutaba un importante papel. Actualmente ha desempeñado el papel de Juana de Arco en la película «La maravillosa vida de Juana de Arco» bajo la dirección de Marco de Gastyne. Pero, detengámonos aquí por no hacer interminable esta relación. Dios sabe cómo encontraremos dentro de algunos años y bajo qué aspectos, a Regine Dumien, el angelito de los films Luitz-Morat, a Ivette Langlais, Bouboule y tantas otras más.

Esto será un hecho que sin duda se producirá cada vez con más frecuencia y estas especies de «resurrecciones» suscitarán siempre un gran interés entre los admiradores de las pequeñas «vedettes».

«LA TRAGEDIA DE RUSIA»

La Rusia de los Zares, en el ocaso del imperio, en plena revolución roja; he aquí la época, tan sugeridora, en que el argumento de esta película se desenvuelve.

Pero los directores del film, que no han querido recorrer caminos demasiado frecuentados, han tenido el acierto de que la farsa, sentimental, sea en el más importante que la revolución y que la guerra, harto llevadas una y otra, al lienzo. En cambio, nada se ha escatimado para presentar interiores fantásticos y vistas magníficas de París y de Rusia.

Claudia Vitrix hace una felicísima creación de la protagonista, haciendo llegar al espectador, sin afectaciones, la emoción de cada escena.

«LA PRINCESA DE LA OPERETA»

En esta variedad de buenas películas que la casa Gaumont nos ha ofrecido en sesiones de prueba, no podía faltar la comedia frívola, la sátira fina. Esta comedia satírica y frívola, es «La Princesa de la Opereta» de argumento ingenioso e interesantísimo, en el que menudean las escenas de una ática comicidad.

Aime Simón Girard, hace un galán lleno de gentileza. «La Princesa de la Opereta», cuando se estrene, será perdurable en los programas.

«BEN-ALI»

Pertenece esta película a la «Selección Gaumont Diamante Azul», lo que equivale a decir que se ofrece como un film excepcional, de la que «Paris-International-Films», es editora. Se trata de una película de ambiente oriental, fielmente reproducido hasta en sus más nimios detalles. El argumento, muy interesante, está lleno de escenas de gran emoción, que el espectador sigue con interés creciente.

León Mathot, que en «El conde de Montecristo» hacía el papel de protagonista, de cuya creación nace la justa fama de que disfruta, encarna en esta película, también, el papel principal, esto es, el de emir Ben-Ali.

«EL CARNAVAL DE VENECIA»

También pertenece esta película a la «Selección Gaumont Diamante Azul» y la ha editado «Pittaluga Films».

Es una película de época admirablemente presentada, cuyo argumento no defrauda las esperanzas de belleza que el sugerido título hace concebir.

María Jacobini, una de las estrellas de mayor sensibilidad artística con que cuenta actualmente el firmamento cinematográfico, encarna el papel-je de la farsa, vistiendo el personaje con su acostumbrada escrupulosidad, no siendo infiel ni un solo instante, por el gesto ni por el traje, a la época y al espíritu del personaje que interpreta.

«El carnaval de Venecia» es una bella película, de espectáculo y de emociones gratas.

La verdadera historia de Greta Garbo, según la refirió Ruth Biery

CAPITUL II

LA VIDA DE LA «ESTRELLA» QUE MAS POPULARIDAD HA LOGRADO ALCANZAR

«Hasta que cumplí los diez y seis años, todos los rudimentarios conocimientos que yo tenía de la escena, eran los que, a fuerza de constancia de mi voluntad, aprendí en el cine. Entonces ocurrió, que un día topé con un actor y le dije, lo que dicen todos los aficionados: que encuentran a un maestro: Que quería dedicarme al teatro, y por consiguiente, qué medios debía poner en juego para conseguirlo.

Aquel señor no me dio ninguna respuesta que pudiera consolarme, pero se fue a preguntar a otro actor célebre, y después de la conversación habida entre ellos, el primero me envió debidamente recomendada a este.

«Era Franz Euvall, que falleció hace algún tiempo y cuya hija se dedica al teatro en Suecia. Me recibió muy bien y me aconsejó que antes de tomar esta resolución tan terminante, hiciera un minucioso exámen de conciencia para determinar si era un capricho de niña lo que me dominaba, y como tal, pasajero, o una firme y decidida vocación; prometiéndome luego hacer cuanto estuviera de su mano para procurarme el ingreso en el Conservatorio del Teatro Real de Estocolmo.

«La Escuela de Declamación está situada en el mismo teatro; el ingreso y las matriculas son completamente gratuitos; ahora bien: si en alguna ocasión el teatro reclama alguno de las artistas en embrión, su trabajo también es gratuito. Como honorarios, en la hoja de estudios ponen una buena nota si el trabajo ha sido ajustado y del agrado de la crítica y profesores.

«En el ingreso, la primera operación consiste en una prueba, ante un jurado compuesto de periodistas, críticos teatrales, actores, profesores del Conservatorio, etc., etc.

«Mis estudios preliminares duraron

verdad, que muchos de nosotros nos sentiríamos acometidos del terror de las tablas, si de pronto nos hiciesen representar nuestros mejores papeles en un concurrido teatro. Por supuesto, me apresuro a exceptuar a los artistas que pasan del teatro hablado al drama mudo.

Lo cual prueba que las tablas y la pantalla son dos mundos totalmente diferentes, poblados por gente de carácter muy distinto y frecuentados por público de gustos muy diversos.

LEW CODY

seis meses, al cabo de los cuales, y considerándome ya con aptitudes, me dieron un papel en una obra sueca que desempeñaba por entonces con mucho éxito Selma Lagerlov y otro el de «Madame Sans Gene», de la obra francesa del mismo nombre.

«Mi prueba se efectuó en un hermoso día de agosto, en que las brisas nórdicas refrescaban más de lo que generalmente suelen hacerlo, estando el verano tan avanzado. Recuerdo perfectamente que fué por la tarde. Entonces tenía yo diez y siete años. Estaba asustadísima; mis rodillas sentía que se me doblaban de miedo; un temblor sacudía todo mi cuerpo. Le soy sincera: ¡Me dieron ganas de volverme atrás!

«No podía ver a nadie, ni distinguir, ni oír nada; lo más que mi oído percibía era una especie de siseo... ¡Estaba amedrentada! Era la primera vez que iba a salir a escena. Los alumnos de primer año, estaban en el escenario, con objeto de leer partes de papeles que no me correspondían. Por fin empecé, muerta de miedo, pero me sobrepuse y declamé toda mi parte muy bien. Una vez terminada, abandoné la escena corriendo, sin saludar, sin ni siquiera una inclinación de cabeza, ¡tal era mi azoramiento!

«Al cabo de un par de días, me enviaron a decir que estaba admitida».

Greta Garbo o miss Garbo, como aquí se la llama, cesa un momento en su charla para tomar un sorbo de té, y sumergir repetidas veces una pasta en la aromática infusión. Y continúa:

«¡Dios mío, qué feliz era! ¡Casi me consideraba inmortal! Aún ahora, cuando recuerdo el momento de recibir la fausta noticia, siento como una opresión en el pecho, como si me faltara el aliento o mi corazón fuera a estallar. Cada vez que pensaba que en un día no muy lejano sería una verdadera actriz, mi alegría no tenía límites.

«Pero... (su voz al pronunciar esta «pero» parece insegura, temblona, quizás, algún pequeño recuerdo desagradable, alguna contrariedad... se ríe, y en sus ojos veo dos lágrimas que tras una ligera vacilación van a perderse fugaces, como avergonzadas, en los pliegues de su falda. El público que no está acostumbrado a ver lágrimas en los ojos de miss Garbo, es muy posible que se resista a creer esta escena que algún malicioso achacará a mi fantasía; no obstante, es verdad.

«Pero—continuó—yo era muy traviesa. En poco tiempo «revolví» toda la escuela. A mi me gustaba salir por la noche, ir al teatro. Vivía con mi familia en el mismo Estocolmo; allí, las distancias no son muy gran-

des; con un taxi no tarda usted más de cinco minutos en llegar donde quiera ir. Mas como salía todas o casi todas las noches, resultaba que por las mañanas se me pegaban las sábanas y no había manera de hacerme llegar a las clases a la hora. ¡Todas las mañanas llegaba tarde! Las otras discípulas eran unas muchachas encantadoras, que siempre llegaban puntuales. Así es que cuando yo llegaba, oía como decían: Garbo ha llegado hoy tarde, como de costumbre. ¡Siempre tan exacta! O bien: ¿No sabéis? Corre el rumor de que no han cambiado el Conservatorio de lugar. Continúa todavía en el mismo sitio.

Como la primera clase de la mañana consistía en movimiento rítmicos, ejercicios de cultura física, que es precisamente en la que yo hacía «novillos» todos los días, las cuchufletas de las otras discípulas llegaban a la ironía más refinada: «¡Pobre Garbo! ¡Dáde una silla que está muy cansada!».

«De estas ironías pasaron a no dirigirme la palabra. Aquello se puso muy serio, más de lo que yo esperaba. Pronto empezaron a murmurar que los privilegios no debían existir; que debían acabar ciertas tolerancias...

«Pronto comprendí que si continuaba por aquel camino, podían, incluso, expulsarme del Conservatorio por reincidencia, ya que los reglamentos no toleran más de tres faltas al año sin causa justificada. ¡Calcule usted mi pena! Pero es lo chocante que a mi nadie me reprendía y ¡claro está! continuaba haciendo mi santa voluntad. Si algún profesor me hubiera reprendido, estoy segura que no hubiera faltado más.

«Después de esta clase, teníamos la costumbre de salir a tomar el café todas juntas, y luego del descanso, pensaron darnos lecciones de baile. Yo no quería bailar; primero, por que me daba vergüenza; y después porque ya estaba bastante desarrollada. Cuando tenía doce años estaba tan desarrollada como ahora. Desde entonces no he crecido ni un milímetro, lo que como usted verá, no deja de ser una suerte.

«Todo el mundo me miraba por la calle y todos se asombraban de mi desarrollo. ¡Llamaba la atención!

«La escuela era maravillosa, y en nuestro curso teníamos los mejores profesores; fraternizábamos hasta el punto, de organizar juntos los estudios distribuyéndonos dos discípulas y un profesor, pero no en el escenario, no; sino en el fondo del Teatro Real. Allí estudiábamos con ahínco y solamente emprendíamos nuestras tareas cuando reclamaban en el escenario nuestra presencia.»

LAS ESTRELLAS ANTE LA PANTALLA

Lo que yo he visto en América

Por PAULETTE DUVAL

II

LA AMISTAD DE RODOLFO VALENTINO. - UNA PRINCESA QUE BUSCA SU CORONA. - MONSIEUR BEUCAIRE ACABA FELIZMENTE

Mi contrato con la Paramount me colmaba de alegría, por dos razones: Primera, porque me llevaba a trabajar al cine, sueño largo tiempo acariciado por mí; y luego porque me daba así la oportunidad de debutar nada menos que al lado de Valentino, con el que compartía mi papel estelar, muchacho adorable y simpático como todo el mundo sabe.

Confieso sinceramente, que no he visto en mi vida de artista un compañero mejor y que más ansiedad pasara porque los demás quedasen bien, y conste que no digo esto para rendir un póstumo y fácil homenaje a este ser desgraciadamente desaparecido, cuya pérdida fué un golpe rudo asestado a la Cinematografía, que siempre lo llorará. Valentino hubiera podido aislarse en su gloria pero en él no había ningún egoísmo. Todavía me parece verlo, ingeniándose en servir de intérprete entre mi director y yo, y luego explicarme en francés con toda clase de detalles lo que de mí se deseaba. Mis conocimientos de inglés eran tan rudimentarios todavía, que me hubiera sido casi imposible salir airosa de mi empresa sin su concurso; jamás olvidaré el favor tan enorme que me hizo, sin molestarse por nada, con su simpática sonrisa siempre a flor de labio.

En el momento a que me refiero, Valentino era el marido de Natacha Rambowa, que no lo abandonaba ni un momento y era su mejor auxiliar; siempre lo secundaba poniendo a contribución su gran talento. Tenían en Hollywood, según me dijeron, una magnífica casa, pero cuando iban a Nueva York se hospedaban en el Ritz, donde recibían muy a menudo. Allí he comido con ellos muchas veces, muy feliz de sentirme entre europeos que veían y sentían las cosas como yo.

En los comienzos, todo fué admirablemente en la realización de «Monsieur Beaucaire», todo el mundo se entendía y trabajaba con entusiasmo. La interpretación de una obra que debía tener tanto aspecto de verdad como fuera posible darle, no era una empresa fácil para el «metteur en scene», lo que dió lugar a escenas muy pintorescas que a nosotros, europeos, nos divertían mucho. Todavía me parece ver, el día que comenzamos, a la gentil Bebé Daniels, corriendo como una loca en todas direcciones y en la actitud de una persona que buscara algo que hubiera

perdido, atropellando a todos, empujando y separando a los empleados del Estudio... en fin, en una actitud como si hubiera perdido el «Gran Mogol», y todo con precipitación, puesto que la Prensa la esperaba. Al fin pudimos comprender la causa de todo aquel desbarajuste, porque se fué gritando por los pasillos: «Mi corona, ¿dónde está mi corona?» Esta salida me hizo reír de muy buena gana; la detuve sin dejar de reír, diciéndole:

—Pero, ¿de qué corona habla usted?

Me miró estupefacta, persuadida de que me burlaba de ella.

—¿No sabe usted, Paulette, que yo soy la princesa Henriette? ¿Cómo quiere usted que me presente sin mi corona?

Puse de mi parte cuanto pude, para hacerle comprender que las verdaderas princesas no tienen por costumbre pasearse diariamente por sus palacios con la corona puesta, pero con el detestable inglés que yo hablaba, la conversación era de lo más difícil. Felizmente para mí, que ya no sabía por donde salir, llegó Natacha Rambowa oportunamente a sacarme de aquel grave aprieto, y Bebé Daniels, después de un breve coloquio con ella, se resignó a presentarse ante los «chicos de la Prensa» sin sus atributos reales.

Debo manifestar, ya que he tocado la Prensa, que en los Estudios americanos se le dispensa una acogida digna de un soberano, y es muy usual allí, dejar que la primera vuelta de manivela al rodar una película, la dé el reporter de un gran periódico; o como si dijéramos, esto equivale al emplazamiento de la primera piedra del edificio que se construye (y permítaseme la frase).

Desgraciadamente, al cabo de algún tiempo, la atmósfera se cargó un poco, hasta el punto de hacerse irrespirable en el Estudio. Era que Natacha Rambowa se ocupaba de la parte técnica; se había documentado de todas las cosas de la época maravillosamente y hacía lo indecible porque el film resultase con toda la justeza posible; y para más detalles, el director, que no pensaba en otra cosa más que en la mise en scene, eludía a Valentino y a su mujer anteponiendo su arte al de éstos. Lo que creó una serie de desacuerdos, que acabaron por irritar y fastidiar a todo el mundo. Las relaciones entre unos y otros empezaron a ponerse tirantes. Mi «partenaire», Lowell Sherman, que desempeñaba el papel de Luis XV, se puso de parte del bando americano. Entre lo nervioso que se puso y lo que se ponía

cuando desempeñábamos papeles juntos, sabiendo que yo era francesa, resultaba que en casi ninguna escena de las muchas que rodábamos, pudiéramos entendernos y compenetrarnos, puesto que no podíamos jamás explicarnos directamente. Lowell, no ocultaba el mal humor que esto le producía, y más de una vez le oí decir a alguien, con un tono algo violento:

—La Paulette debería hacer un esfuerzo y aprender un poco de prisa y bien el inglés.

Era injusto, porque yo me daba muy malos ratos estudiando para comprender y hacerme comprender; pero pensé que mejor que enfadarse, era cosa de tomarlo a broma, y en una gran escena de amor en que trabajábamos juntos (que no sé por qué se cortó en Francia), le dije, inclinandome profundamente ante él durante el besamanos, el estribillo de una canción popular muy corriente entonces: «Yes, sir, we have no bananas to-day» (Sí, señor, hoy no tenemos bananas). Si se tiene en cuenta el lugar donde esta frase fué pronunciada y el acento que en ello puse, resultaba una cosa tan chusca y tan inusitada que todo el mundo estalló en una sonora carcajada. Al punto a que habían llegado las cosas, se imponía algo semejante para romper aquel hielo; mi salida gustó tanto, que Rodolfo Valentino y el director vinieron a estrecharme la mano.

—¡Muy bien, Paulette!—me dijeron—; si todos tuviéramos su buen humor, esto marcharía mejor de lo que va.

Aquel momento fué el iniciador de grandes resoluciones a tomar.

Por lo menos, aquel día, la cólera y el mal humor cayeron como un castillo de naipes; hasta el mismo Sherman se mostró más amable y más asequible, acabando por ser ambos muy buenos amigos.

Terminé por fin la película con la simpatía de todos, empezando por el director del que guardo un excelente recuerdo.

El film se terminó en el mes de mayo y partí para Hollywood, espejuelo al que acuden todos los que se dedican al arte de la pantalla.

Después de abandonar América del Norte, donde hacía tanto frío, resultaba un contraste verdaderamente maravilloso, rodar en un país inundado de sol, en medio de jardines. Mi corazón se dilató y sentí en seguida una gran ternura por California. Allí también tuve la suerte de encontrar una amiga francesa, que me ayudó inmediatamente a aclimatarme: me refiero a Mathilde Caumont. (continuará)

RECUERDOS DEL PASADO

¿Qué se han hecho de las pequeñas "vedettes" de hace quince años?

¿No es verdaderamente encantador, volver a encontrar después de algún tiempo, retratos de niños o niñas actores, que han llegado a ser, al hacerse mayores, verdaderas estrellas?

Hemos creído un detalle curioso, recordar a nuestros lectores algunas de estos niños de hace quince años, que actualmente son estrellas de la pantalla o actores del teatro. La primera que presentamos es Simone Van Dry, la encantadora ingenua de «Titi I, rey de los golfos», de «El botones de Chez Maxim's» y de tantas otras producciones. Tenemos a la vista un retrato de otra época y por más esfuerzos que hacemos, no logramos obtener un solo rasgo que nos diga que es ella.

El retrato representa un momento de «Hija de príncipe», obra puesta en escena por Herni Fescourt. En ella aparece la señorita Vandry desempeñando el papel de una tímida niña de seis años, dejándose acariciar por su madre enferma, en el lecho del dolor. Otro detalle en que nos fijamos es que antes las obras se ponían en escena de cualquier manera; y si las comparamos con la suntuosidad y derroche de lujo que hoy se hace, observaremos que la cámara de una princesa, a nuestro juicio, debe ser un poco más elegante, tal como hoy las vemos en el cine. Lo que nos demuestra que no son sólo los artistas los que evolucionan.

¿Os acordáis de Bout-de-Zan («Bebé», para España) que rodó un gran número de películas cómicas lanzadas por Luis Feuillade?

Bout-de-Zan, René Navarre y René Carl eran los actores obligados de toda producción del malogrado Feuillade.

Este fué el predecesor francés de Jackie Coogan. En todas las películas de aquellas épocas, lo vemos «desfaciendo» entuertos, reconciliando matrimonios mal avenidos, repartiendo justicia a manos llenas, y, sobre todo, desempeñando el papel «d'enfant terrible». Hoy Bout-de-Zan, con su verdadero nombre René Poyen, está ya en la edad propicia para desempeñar papeles de galán joven, aunque no haya todavía desempeñado ninguno. Le hemos visto, sin embargo, un papel de joven árabe en «Las murallas del Silencio»; un papel por cierto demasiado secundario; más propio de un «extra» que de un actor consumado.

Y más próximo a nosotros, tenemos al «Chico de Charlot» que nos da una singular impresión de Jackie Coogan, con el pelo cortado reglamentariamente, que según dicen ha de desempeñar el papel estelar de la película «Hamlet, príncipe de Dinamarca».

Otra de las cosas que nos deja estupefactos es la próxima boda de Wesley Barry (a) «Lentejillas»; nos

parece que era ayer cuando lo veíamos un golfllo incorregible que se divertía extraordinariamente haciendo correr a los policías, poniendo todo su ingenio en gastarles mil bromas pesadas, dejándolos en ridículo... seguramente no le pasó entonces por la imaginación la idea del matrimonio.

Mary Osborne, la exquisita muñequita «estrella» de otro tiempo, que hace una porción de años que no actúa, reaparecerá uno de estos días desempeñando el papel de ara encantadora ingenua, como recientemente lo hizo ya, antes que ella, Virginia

Lee Corbin. Esta última fué la heroína de algunos films entre los que puede citarse un cuento de hadas en el que obtuvo un éxito ruidoso; entonces era una deliciosa muñequita rubia, de tres palmos escasos de talla, que desempeñaba el papel de princesa con una admirable seriedad. Actualmente no acepta de su papá otros regalos que abrigos de pieles u otras prendas de gran valor, y es la discípula predilecta de Raymond Griffith, el verdadero «amo» de la pantalla.

Y por lo que atañe a la cinematografía francesa, ¿no recuerdan ustedes a Simone Genevois?

¿Que Llamen a La Policía!



Un Perseguidor Implacable

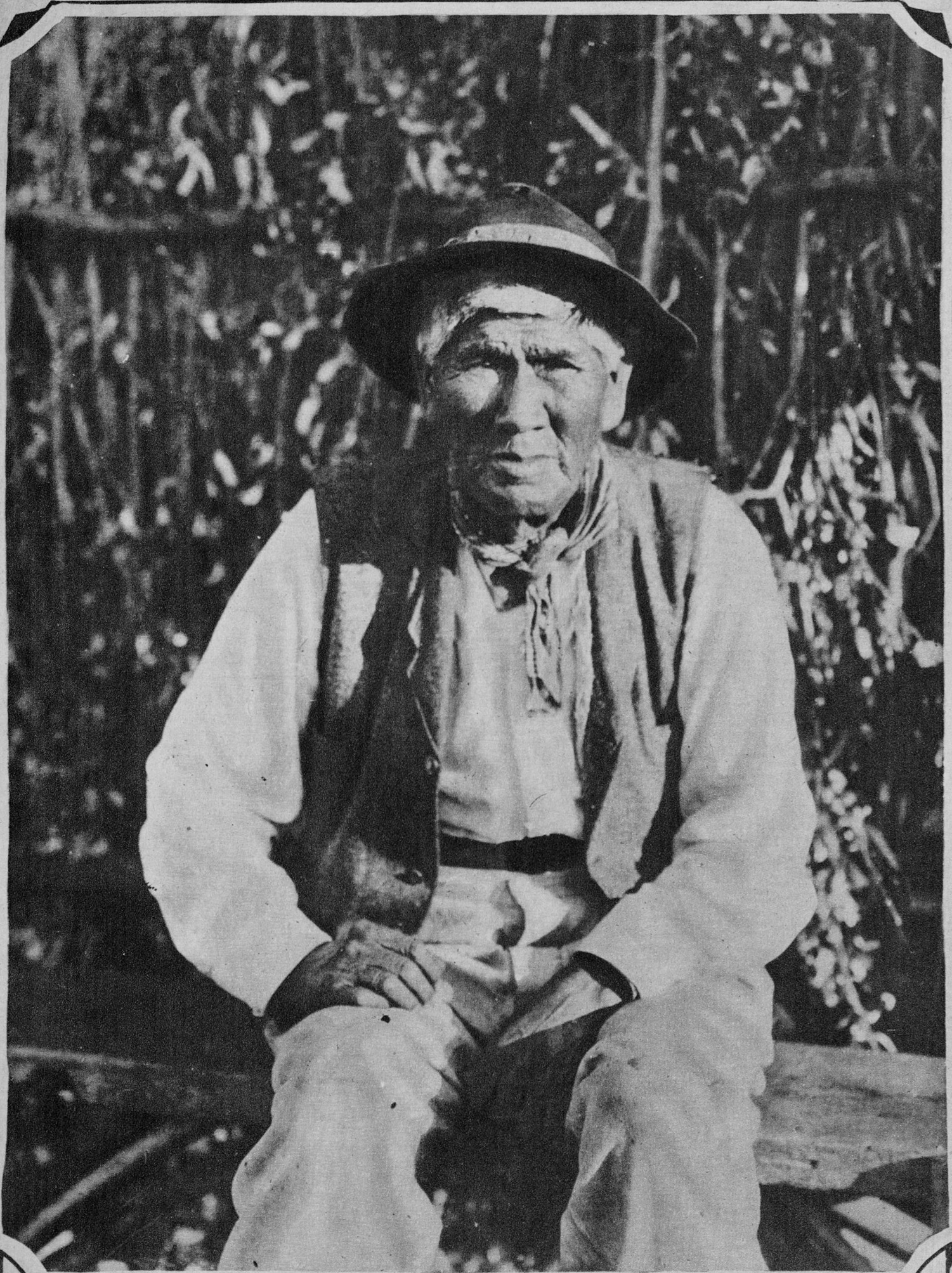
ANNA MAY WONG, la menueta actriz china, no tiene porque sentirse miedosa de esta viviente golosina de la mesa. Un simple y desmañado cangrejo no debía inspirar terrores a la modosa oriental que tan emocionantes aventuras ha tenido que atravesar en la pantalla con guapos mozos como Lon Chaney y Ernest Torrence. En la última película que hizo para la Metro-

Goldwyn-Mayer es perseguida por Torrence en una de sus mejores y más diabólicas personificaciones. En otras cintas se encontrado también en las garras del villano... Pero, después de todo, arañas, cangrejos y ratones asustan más a las mujeres que los fornidos y peludos hombres de las cavernas representados en el cinema.

núm
65

JUEVES
CINEMATOGRAFICOS
El Día Gráfico

mayo
31
1928



Diego Conejo, jefe indio de San Diego, de 110 años de edad, no ha visto nunca una película. En las escenas macabras de «Ramona», de Dolores del Río, aparece, por lo que asistirá al estreno como huésped de la estrella

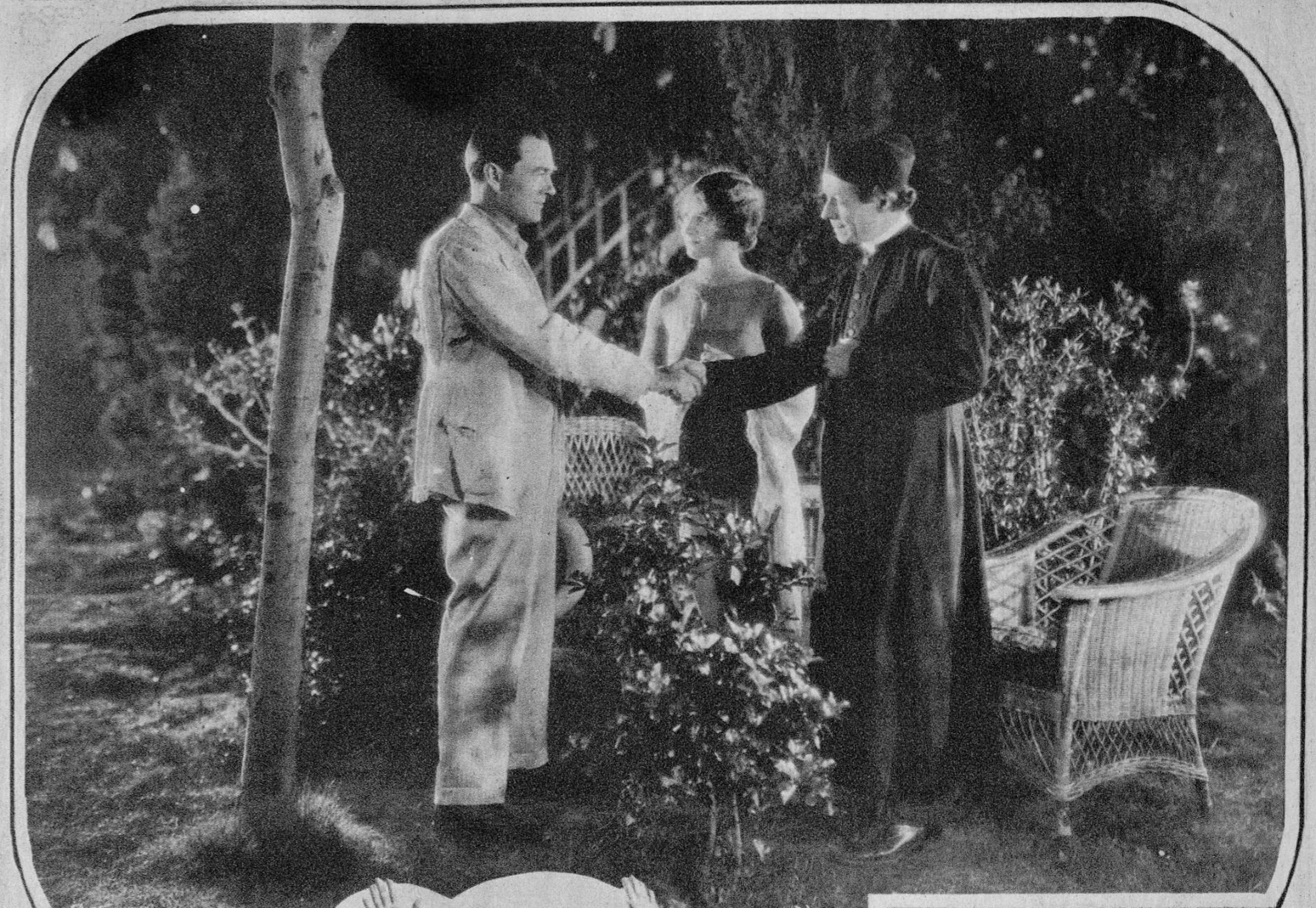


Patsy Ruth Miller y Richard Barthelme, protagonistas de la película First «La tierra del moro», que ha obtenido un ruidoso éxito



Dolores del Río y Don Alvarado en una escena del film Titan Fox «Los amores de Carmena», película que obtuvo gran éxito en la presentación en prueba

RW 22-9



Una escena del film M. G. M. «La sangre manda»



Es innecesario malgastar el tiempo explicando a los lectores a qué compañía pertenecen estas lindas chicas que retozan en la playa. Las iniciales M. G. M. en los jerseys dan la clave del misterio



Jack Mulhall y Greta Nissen, en una escena de «The Butler and Egg Man», producción de la First National



Mae Murray y Conway Tearle son los protagonistas del film M. G. M. «Altars del deseo»



Adolphe Menjou y Kathryn Carver, artistas de la Paramount

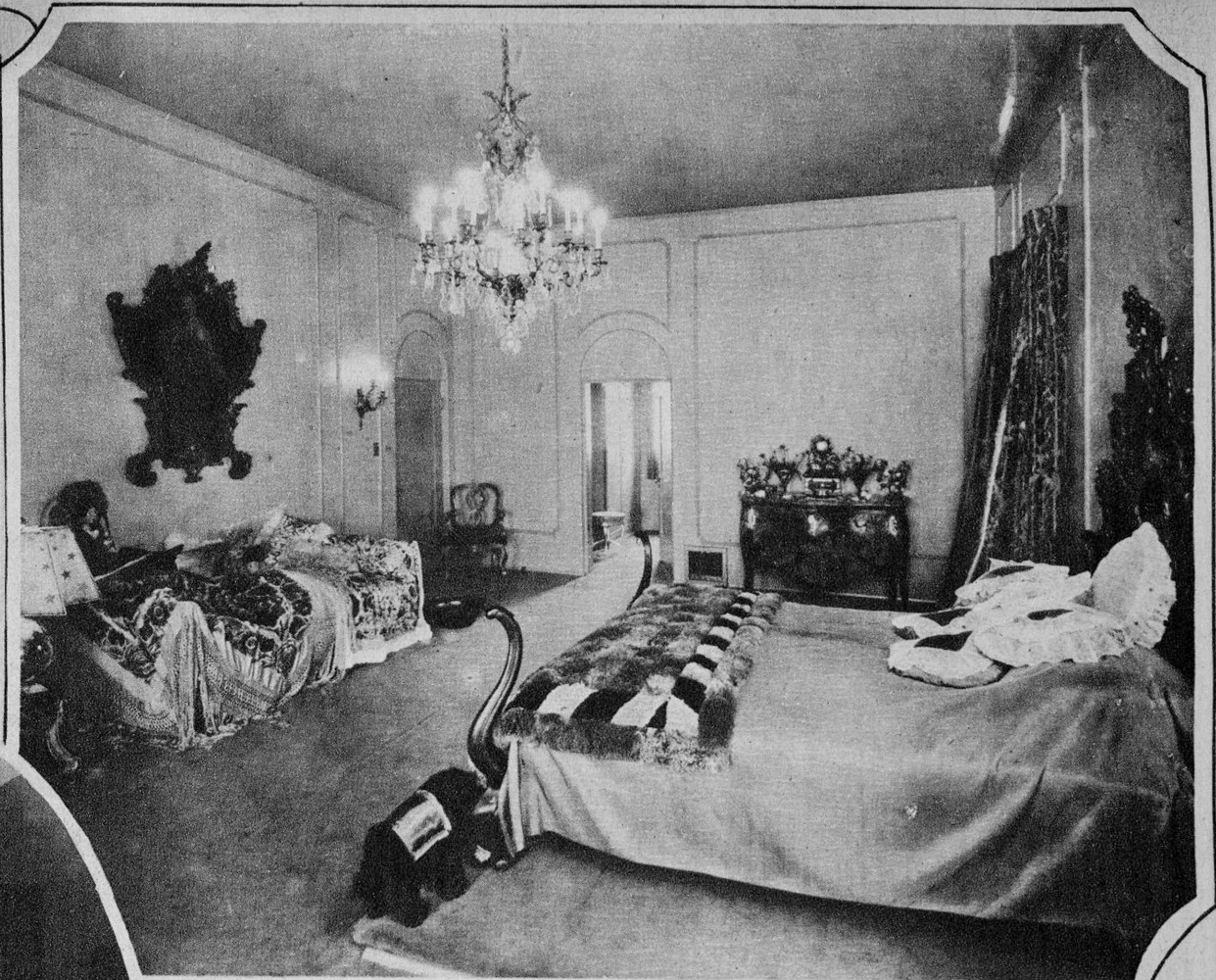
Como viven las estrellas del cine
Dolores del Río



Salón



Comedor mejicano y servicio de plata



Un dormitorio en la casa mejicana de Dolores del Río, amueblado exclusivamente con antiguos muebles mejicanos

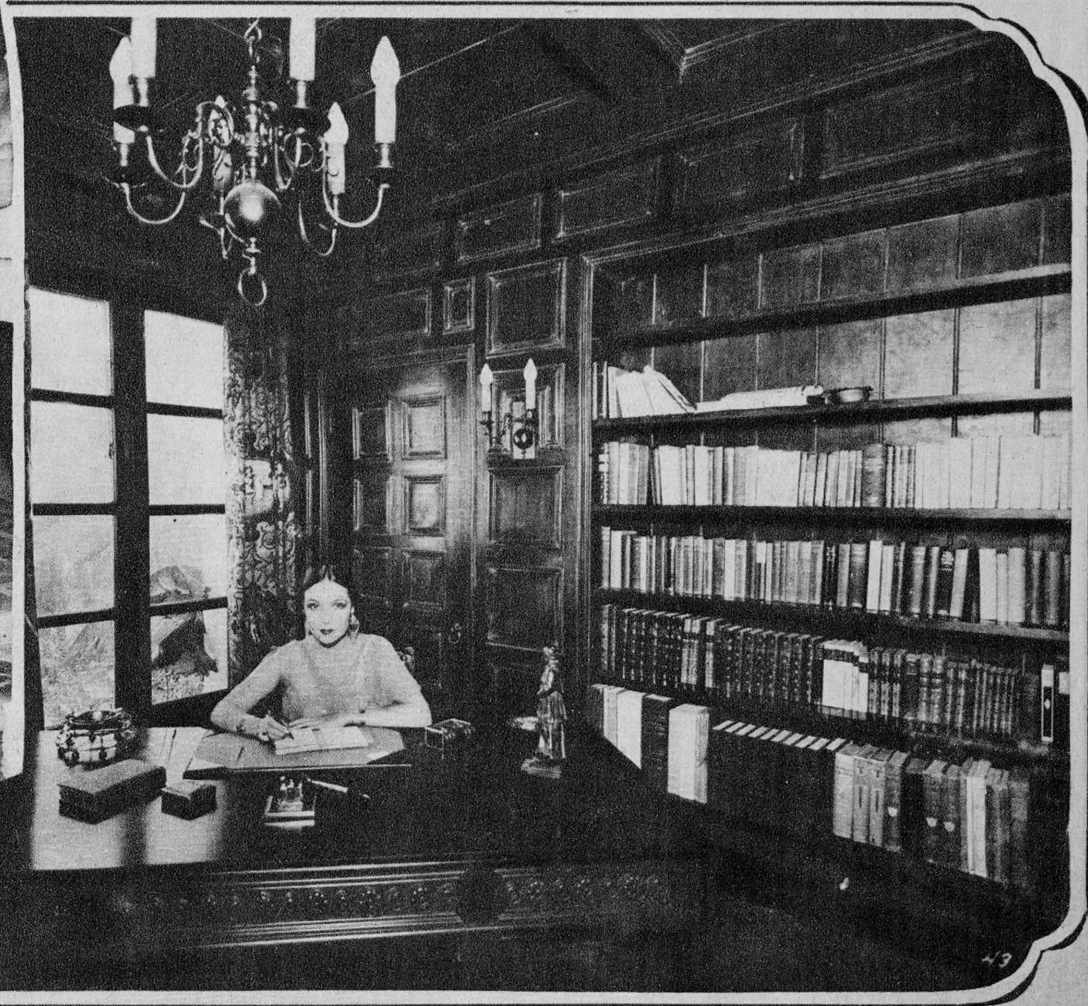


Fachada de su casa con un rycómire centenario llamado el árbol de los ahorcados



Dolores del Río en uno de los pórticos de su nueva casa de Hollywood, situada en Hollywood Hills, dominando la ciudad cinematográfica

Uno de los corredores interiores de la parte alta de la casa



Biblioteca

El aplauso en el cine

Los artistas del drama hablado se crecen con el aplauso... y cosa igual sucede a nosotros los artistas de la pantalla. Sólo que los aplausos conquistados en el cine llegan a nuestros oídos varias semanas, a menudo varios meses, después de que abandonamos el escenario. El artista del drama mudo no recibe el estruendoso aplauso que estimula e inspira en la interpretación de ciertas escenas que demandan esfuerzo especial. No puede seguir las emociones que su trabajo despierta en los espectadores. El galardón viene más tarde. Leemos con ojos ávidos los comentarios de la Prensa y parece como que nos nacieran alas cuando publican los periódicos que tal o cual cinta ha sido acogida con deleite en las ciudades de muchos países diferentes.

Esa aprobación instantánea del público tan esencial para nuestros colegas del teatro hablado, no es, empero, igualmente indispensable para los artistas del cine. Nuestro medio de expresión es distinto, y cada uno de nosotros tiene su manera particular de aquilatar su trabajo.

A semejanza de los otros artistas tenemos un público en extremo exigente, si bien limitado en número. Cuando se ensaya alguna obra sensacional para la pantalla, encuéntrase presentes los directores, ayudantes, tramoyistas, etc, gente largo tiempo avezada a juzgar los efectos escénicos y la interpretación de los artistas. Todos ellos son excelentes críticos, lo mismo que los fotógrafos, los electricistas, los empleados a cargo de la guardarropía y todo el personal del Estudio que asiste a la producción de una película.

Por cada persona que toma parte en la representación, hay por lo menos, presenciando su trabajo, cinco que podrían llamarse técnicos. Estos hombres han estado largo tiempo empleados en los Estudios. Han maneado las luces, los reflectores, las máquinas fotográficas, etc, tanto para las mejores como para las peoras producciones de la Compañía. Saben quienes son los buenos actores y saben lo que es un buen trabajo. Penetrada de esta convicción, Greta Garbo observa siempre al personal técnico durante su interpretación ante la cámara fotográfica. Me confesó el otro día que cuando su trabajo interesa a este público frío y exigente, está segura de que la escena chará sensación en la pantalla.

En este punto rivaliza con ella Renée Adorée, una curiosa inveterada. Renée, tiene cuidado siempre de escuchar furtivamente los comentarios de los técnicos acerca de su interpretación, para saber cómo la juzgan en privado. Frecuentemente—declara esta actriz—, le ha tocado recibir de oídas sus buenas censuras... críticas

de que se aprovecha el verdadero artista para su propio adelanto y perfeccionamiento. Miss Adorée tiene completa confianza en el juicio crítico de la gente de entre bastidores y refiere un millón de anécdotas ilustrando cómo a veces un retazo de conversación entre algún electricista y alguno de los ayudantes del director, le ha servido de mucho para intensificar su personificación.

A pocos de nosotros les agrada tener visitantes, pero no todos los artistas del cine se resisten a tra-

bajar delante de extraños. Gwen Lee, por ejemplo, preferiría que hubiese siempre una concurrida galería de espectadores, pues, experimenta en mayor grado que los otros la necesidad de sentir directa y definitivamente las emociones y reacciones del público. Dice que actúa mejor cuando hay gente extraña en torno.

En cuanto a mí concierne, prefiero la soledad relativa, en lo que estoy de acuerdo con la generalidad de los artistas del cine. Los espectadores me fastidian. Imagino, a decir

Maestro en Dos Artes



Músico y Estrella del Cinema

Las múltiples dotes artísticas de Ramon Novarro, estrella de la Metro-Goldwyn-Mayer, han inspirado a Matias Santoyo, caricaturista mexicano de nota, la composición humorística que reproduce esta fotografía. El artista expresa en su caricatura que el cine tiene más derecho al tiempo y al talento de Ramon Novarro, quien es

también de origen mexicano. El señor Santoyo se ha hecho conocer ventajosamente en los Estados Unidos por sus trabajos en revistas como "Vanity Fair" y "The New Yorker," muy bien acogidas en los círculos artísticos y sociales, y en diarios de la importancia de "The New York World."

Una pregunta ¿Qué tipo femenino prefiere usted?

Cada una de las artistas del cine representa un tipo peculiar. Marion Davies es la hermosa rubia de cabellos de oro y ojos de un azul oscuro de zafiro. Una chica llena de traviesa, que posee al mismo tiempo una dignidad tranquila y suave, distintivo suyo muy notable.

Norma Shearer es la aristócrata de cabellera castaña muy alisada y ojos de cuencas profundas realzadas por cejas deliciosamente arqueadas. Todo el mundo observa la distinción de sus maneras.

Renée Adorée es vibrante como una llama. Su pelo negro y corto, peinado a la diablesa, le sienta admirablemente de cualquier modo que lo lleve; sus ojos azules chispean de malicia, y su semblante adquiere mayor movilidad por obra y gracia de un par de hoyuelos que constantemente aparecen y desaparecen en sus mejillas.

Eleanor Boardman es el tipo espiritual. Tal vez se debe esto a la influencia de Filadelfia, la cuáquera, su ciudad natal. Hay en ella mucho de las doncellas cuáqueras. Su cabello es castaño con reflejos dorados, y tiene grandes ojos azules e inocentes. Es sumamente flexible y su andar posee gracia consumada.

Dorothy Sebastian tiene el aire de poseer una sabiduría transmitida a través de las edades. Es la exótica morena de modales imponentes. Podría clasificársela como el tipo de la mujer de mundo si contara unos años más. Parece que haya viajado muchísimo, adquiriendo en sus viajes el aplomo de una gran dama de las altas esferas sociales.

Aileen Pringle representa el tipo de mujer experimentada que no ha perdido nada de su feminidad al asimilarse conocimientos. Tiene cabello oscuro y ojos grises que cambian fácilmente de expresión, pasando de risueños a graves, según la corriente de sus emociones. Sus manos y sus pies son pequeños, y todo en ella sugiere la idea de lujo y refinamiento.

Gwen Lee pertenece al dulce tipo rubio de ojos azules que se interesa con preferencia a todo otro ideal, al parecer, por el bienestar de la raza humana. Es indulgente, y sería una espléndida hermana de la caridad si alguna vez la acometiera el deseo de encaminar su vida en aquella dirección.

Fay Webb, con sus ojos oscuros y expresivos y su oscura cabellera, sugiere el tipo latino de pasiones vehementes y profundas.

Y así sucesivamente se destacan por uno u otro rasgo las demás actrices de la Metro-Goldwyn-Mayer, demasiado numerosas para mencionarlas a todas. Cada una de ellas tiene sus características peculiares, y cada una de ellas deja la impresión indeleble de su propia personalidad.



KATHRYN MCJUIRE

Las escenas aéreas de «Angeles del Infierno»

Ante una batería de doce cámaras ha empezado ya filmarse las escenas aéreas de "Angeles del Infierno".

Cuarenta aeroplanos de modelos idénticos a los usados durante la gran guerra, se han elevado para filmar las emocionantes escenas de esta producción, basada en un incidente real de la British Royal Air Force, siendo pilotados por aviadores mundialmente famosos, entre

los que se hallan diferentes "ases" de la gran guerra.

Batallas en las nubes, con balas de ametralladoras reales, roturas en el aire, y caídas, forman parte de las proezas que los aviadores cinematográficos están filmando.

"Angeles del Infierno", de Los Artistas Asociados, será la más lujosa y espectacular de todas las películas de aviación que se han hecho, siendo sus principales intérpretes Ben Lyon, James Hall y Greta Nissen, dirigidos por Luther Reed.

UNA INTERVIU INTERESANTE

Pedro Elviro, el diminuto "Pitouto" de "La Casa de la Troya" nos hace unas manifestaciones interesantes

En un café concurridísimo, del que soy un asiduo parroquiano, me encuentro a un compañero de prensa que me llama desde su mesa.

—Vienes como pedrada en ojo de boticario—me dice; precisamente hablábamos en este momento de ti...

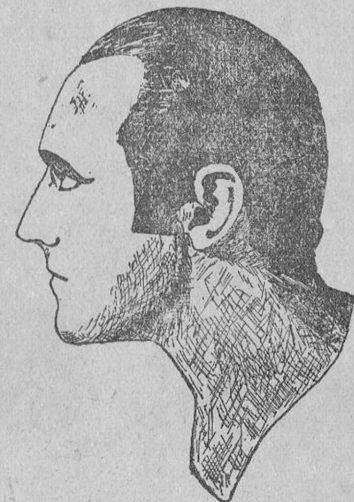
—Pues, aquí me tienen ustedes. —¿No conoces al señor?—me pregunta señalándome a otro contertulio, un hombrecito diminuto, de un metro aproximadamente de talla.

—Sí... su cara no me es desconocida pero no puedo precisar dónde y cuándo lo he visto antes de ahora.

—¡Sí, hombre, sí! En «La Casa de la Troya», en...

—¡No sigas! Ya sé... ¡es Pitouto!

—¡Claro, ya sabía que lo conocías; ¡quién no lo conoce?



LON TELLEGEN

Dejar pasar la oportunidad de interrogar a «Pitouto» considero sería una insensatez. Porque Pedro Elviro, el genial intérprete de Pitouto, el travieso estudiante de «La Casa de la Troya», de «Los chicos de la Escuela» y de otras varias producciones nacionales y extranjeras, es un gran hombre, no obstante su desmedrada figurilla, y constituye por sí solo uno de los platos fuertes que podemos ofrecer a nuestros lectores cinematográficos.

Pitouto, al verme enristrar la estilográfica y sacar las cuartillas, adopta un aire glacial; sus clarísimos ojos de tonalidades felinas, antes tan alegres y saltarines, tórnanse serios y quedan mirándome de hito en hito, de pies a cabeza, como si intentara establecer un parangón entre su diminuta talla y la mía de granadero. —Tenía grandes deseos de conocerte personalmente, Elviro...

—Pues a qui me tiene a su disposición, me dice, previo un ceremonioso y versallesco saludo.

—Supongo que vendrá usted contratado para rodar aquí algún film...

—No—me ataja—. Mi intención es mostrar unos escenarios muy graciosos por cierto, en los que desempeño el papel estelar y tratar de acometer la empresa de llevarlos a la realización.

—¿Cree usted conseguir sus fines?

—¡Hombre... le diré! Nadie sabe hasta ahora que yo quiero acometer esta empresa. Es usted el primer reporter con quien me «clareo» sobre este asunto. Mi nombre y mi actuación en el cine son bien conocidos; de manera que creo con fundamento que no me será difícil poder entenderme con alguna empresa, y más, si se tiene en cuenta que durante mi actuación en el extranjero he po-

drado enriquecer mis conocimientos con un enorme caudal de tecnicismo. Además cuento con un autor y director, enorme. Don Francisco Elías, director de las «Producciones Pitouto».

—¿Qué opina sobre la cinematografía en España?

—Creo—dice—que aquí se puede lograr tanto—y se ha logrado a veces—, como en cualquier otro país, y aún más si se tiene en cuenta nuestra riqueza artística, nuestros bellos monumentos y arquitectura en general y nuestros enormes literatos que cuando cobren lo que se merecen por escribir «guiones» para el cine, asom-



OLIVEN BOLBEN

brarán al mundo con sus geniales producciones. Por lo demás, hay falta de orientación. La cinematografía española será la primera del mundo o se colocará en uno de los primeros lugares, cuando además del capital, aporten a ella su granito de arena la flor y nata de la inteligencia y de la cultura. Es decir, el día que se den cuenta de que, además de un auxiliar poderoso de instrucción, es la mejor arma diplomática de que puede disponer una nación bien organizada. De mí se decir que quiero trabajar aquí mejor que en otro sitio extraño.

—¿Quiénes son a su juicio los mejores actores cinematográficos españoles?

Aquí Pitouto da un salto en su asiento, me mira medio asustado con los ojos enormemente abiertos, como una de sus características poses, y luego dice:

—¡Vaya unas ideitas que se trae usted! Esa es una broma de mal género. Usted quiere que me estropeen el físico. Aténgase a la opinión del público, que es soberano en esta materia, y que él le conteste...

Salimos a dar unas vueltas por las Ramblas y Pitouto, con su bastoncito del tamaño de una batuta al que hace oscilar en todos sentidos, como si dirigiera una orquesta invisible, y su sombrero de una inverosímil pequeñez, excita la curiosidad de los transeúntes, muchos de los cuales le reconocen y otros al ver la desigual pareja que formamos sonríen con socarronería.

Oímos algunas cuchufletas de las que hacemos caso omiso, algunas de ellas bastante ingeniosas, por cierto.

—¡Una de las largas y otra de a cuarta!—exclama un flamenco que departe en el Llano de la Boquería, con unos cuantos Belmontes en embrión.

—¡Mira, noya! ¡Sant Roc y la carabassa!—exclama una modistilla, dirigiéndose a otra compañera, alegre y pizpireta como ella.

Y así continuamos impertérritos nuestro paseo bajo aquella lluvia de piropos sin importarnos un ardite de nada ni de nadie y charlando de asuntos exclusivamente cinematográficos, que son los que absorben actualmente la atención de este microscópico artista de la pantalla, cuya figurilla desmedrada toma gigantescas proporciones en su actuación.

BENJAMIN SALANOVA

ARGUMENTOS DE PELÍCULAS

MOULIN - ROUGE

Parysia era la gran «vedette» del Moulin-Rouge. Tenía una hija, Ginette, a la que adoraba intensamente, y a la que no veía con tanta frecuencia como hubiera deseado. Precisamente aquella noche, Ginette había ido a esperar a su madre a la salida de su trabajo, para presentarle a su novio, André, y una vez cumplido este requisito, aquel trío feliz se fué alegremente a cenar. En el transcurso de la cena, André y Ginette pusieron a Parysia al corriente de su dicha, pero en el cielo de su amor había grandes nubarrones que amenazaban tormenta. El padre de André, caballero chapado a la antigua, cargado de prejuicios de casta, e imbuido de un orgullo sin límites, rehusaba obstinadamente dar su consentimiento para aquella boda, que conceptuaba una monstruosidad.

—Tú no te casarás nunca con la hija de una actriz—le dijo a su hijo en una ocasión.

A pesar de la actitud adoptada por el padre de André y después de haber saboreado la dicha de tener a su lado a su adorada hija, Parysia pensó en dar los pasos necesarios cerca de aquel caballero para arrancarle el consentimiento.

Y pensado y hecho, un día se presentó en su casa. Más a pesar de sus lágrimas y de sus insistentes ruegos, aquel caballero de severas costumbres y principios rígidos, con mucha cortesía se la quitó de delante y, lo que es peor, sin darle el ansiado consentimiento.

Pero, durante este tiempo, los acontecimientos de André habían evolucionado. Ante Parysia, sus ojos se habían abierto por primera vez a la belleza y su corazón al amor pero no por la hija, sino por la madre que había encendido en su pecho una verdadera pasión. Por su parte, la madre de Ginette, aunque pareciera una cosa monstruosa, sentía que toda su alma rebosaba amor por aquel muchacho y que todo su corazón estaba saturado de su imagen querida. Más, ¡qué importaba! Ella debía cumplir con su deber de madre y lo cumpliría: era preciso que aquel matrimonio se efectuara cuanto antes mejor. Volvió a la carga nuevamente, con más bríos hasta que por fin pudo arrancar el codiciado consentimiento.

André estaba en una difícil situación. No podía resolverse a sacrificar su amor a la palabra empeñada, y aplastado materialmente por el desesperado trance en que se encon-

traba, no vio más solución para terminar su martirio que el suicidio. Tenía un automóvil al que pensaba romper todos los frenos, con objeto de evitar un escándalo, y hacer creer de esta manera en un desgraciado accidente, que le costaría la vida.

Los novios decidieron ir a buscar a su padre y futuro suegro. El auto les esperaba. Pero André, que ya había puesto su proyecto en ejecución, se fingió súbitamente enfermo y por consecuencia incapaz de verificar el viaje.

—¡Eso no tiene importancia!—dijo Ginette—. Yo misma guiaré el auto y traeré a tu padre; mientras tanto, ya te cuidaré mamá.

Enloquecido por esta ocurrencia de Ginette, André prohibió a ésta que llevara a cabo su idea, pero... ¡ya era tarde! Ginette se había sentado ante el volante y se lanzaba a toda velocidad por la carretera. Salvó un obstáculo y bordeó un precipicio a una velocidad vertiginosa; no obstante su destino era una muerte espantosa...



MILTON SILLS

Pero no sería así. André se rehizo; unas palabras de Parysia emplazándole a salvar a su hija, han sido suficientes para obrar el milagro y parte sobre un rápido automóvil para salvar a Ginette. Su automóvil devora la carretera, gana terreno visiblemente al auto de Ginette, lo alcanza y hasta pasa delante. Luego da media vuelta y vuelve a alcanzar de nuevo al auto sin frenos hasta conseguir ponerse a la altura de Ginette, que sin los frenos, va con la velocidad de un bólido en busca de una muerte segura. André se ha colgado para intentar un imposible, para arrancar de las garras de la muerte a la que ama, pero desgraciadamente chocan los dos coches, y van a parar a la cuneta de la carretera completamente destrozados. Los campesinos acuden presurosos y tras ímprobos esfuerzos pueden sacar de entre aquel montón informe informe tre aquel montón informe de hierros y astillas, los cuerpos de Ginette y André, gravemente heridos.

Para Parysia, esta dolorosa prueba había sido decisiva. Todo lo que en su corazón quedaba de aquella ráfaga fugaz, no era más que amor maternal. Algunas semanas más tarde y al lado de André completamente restablecido de sus heridas, esperaba al pie del lecho de Ginette, que despertara su querida hija, a la que acababan de operar. Ahora los médicos respondían de su vida. El choque fué rudo, pero había servido también para afianzar un amor que empezaba a vacilar y a desviarse; pronto abandonaría la clínica.

El tiempo, que es el mejor sedante para las almas doloridas y que parece complacerse en cchar un velo sobre todas las cosas, había hecho su obra.

Mientras que una tarde, un tren rápido llevaba lejos de París a una parejita enamorada, allá arriba, al pie de la Butte, las aspas rojas del «Moulin» daban vueltas sin cesar, como todas las noches, pasando y volviendo a pasar en su movimiento de rotación ante el resplandeciente nombre de Parysia que se destacaba en caracteres de fuego en la fachada. Y en el interior, en escena, triunfaba una vez más la heroína de este drama, aunque su corazón de madre y de mujer estuviera destilando amargura... y maquinalmente distribuía saludos, sonrisas y besos a la multitud entusiasmada, que la aclamaba sin cesar...